

IRENE PADILLA

CARTAS

al

MAR

EL SECRETO AMOR QUE CAMBIÓ
LA HISTORIA DE CHILE

 Planeta

Costas de Guinea, 22 de marzo de 1840

Querida Emilia:

Es mi deber contar que la nueva misión oceánica que enfrenta tu padre es una moneda al aire. Por eso, una vez más, solo queda confiar en Dios, y que en su infinita misericordia me permita volver a mi hogar junto a ti, mi única y amada hija.

Estar encerrado en esta barcaza que cruje incesantemente, enfrentando tempestades y calores que asfixian, es una tortura que soporto solo con la esperanza de que la nueva ruta comercial sea abierta y podamos mantener nuestros asuntos en pie.

Las noches de soledad en estas costas exóticas y salvajes me han mantenido en vela; el ocio nocturno me ha dado la plácida tarea de pensar, un ejercicio que se extraña cuando las labores del día dejan poco espacio para cavilar sobre los pasos que damos en esta vida.

Dentro de mis meditaciones —que han sido muchas—, en momentos en que solo se escuchan los ronquidos de los marineros y el golpeteo constante de las olas, he pensado en cuánto de destino y cuánto de cálculo nos entrega la vida; a cuántas personas les fallé; cuántos se sintieron a gusto con mi compañía; e incluso a quiénes mentí por salvar mi suerte.

Pues bien, debes saber que poco antes de zarpar llegó a mí la noticia sobre la muerte de una mujer queridísima, de la que nunca te hablé, a quien conocí en las Américas y con quien forjé una gran amistad por muchos años. Hasta

ahora solo vuestra difunta madre y vuestro abuelo Francisco supieron de esta historia que me ha marcado de por vida, y que quiero tú también conozcas.

Ella era una dama aguda, que no gustaba de hacerse notar entre sus pares.

Nuestra amistad nació en tiempos agitados, aquellos años de la revolución independentista, cuando muchos sentían que todo lo conocido en Chile se derrumbaba. Quizás eso fue lo que condujo a que los lazos de amistad entre nosotros crecieran tan fuertes, y que por años mantuviéramos decenas de conversaciones a través de sentidas cartas.

Te imagino ahora, hija mía, sentada en tu poltrona, sin despegarte de estas palabras, atenta sobre cada hoja. Pues bien, si hay que partir con esta historia ha de ser por el principio y cómo fue que la conocí.

Gracias a los amigos e influencia de vuestro abuelo en Cádiz pude conseguir un puesto como aprendiz y secretario de don Guido Maximiano de Oca, escribano real del Virreinato del Perú en el año de 1801. En ese entonces yo tenía dieciocho años y en España no era un alma perdida; mi padre sabía que, para el hijo de un comerciante, un cargo en la corte virreinal no era algo despreciable.

Tras un mes de navegación insufrible, pisé el puerto del Callao, flaco como un galgo, pero con todo el deseo de partir una nueva vida allí. Cuando llegué al despacho virreinal aún quedaban resabios de los funcionarios del viejo virrey irlandés, Ambrosio O'Higgins. Todos quienes le conocieron aún tenían en su memoria cómo había agonizado por semanas, y que hasta la noche previa a su partida no dejó documento sin estamparle su firma. El

escribano De Oca se emocionaba hasta las lágrimas cuando invocaba las buenas obras de “Su Excelencia”, como aún le llamaba, asegurando que hombres como ese ya no quedaban en tierras americanas.

Mi vida entonces comenzó a transcurrir entre los pleitos de los súbditos de la Corona. La mayoría de ellos eran problemas por dinero, esclavos, encomiendas, tierras no reconocidas, o reclamos a Su Majestad por un cargo en la burocracia local. Pero llegando a mi primera década en Lima, la caída del rey Fernando VII con la irrupción de José Bonaparte en el trono de la Península puso de cabeza nuestras vidas. De pronto, las Cortes de España nos autorizaban a autogobernarnos en Juntas de Gobierno, y las fracciones entre los habitantes de las colonias se hicieron más extremas para todos, no solo para los criollos, sino también para los españoles.

Para ese entonces, en 1810, el virrey del Perú era José Fernando de Abascal, un hombre culto e implacable en sus decisiones que tuvo a su cargo un momento histórico abrumador.

Muchas veces vi cómo daba vueltas en su despacho, vociferando con angustia ante la desidia de las cortes insulares. “Esto es el principio de una revolución. En España no se enterarán hasta que cada uno de nosotros tengamos los sables en el cuello”, le decía el virrey a mi jefe, el escribano De Oca, quien le rebatía afirmando que por lo menos él era un convencido de que las Juntas de Gobierno estaban compuestas por hombres sabios, quienes entregarían al rey el poder rápidamente una vez que este volviese al trono.

Sin embargo, pronto las Juntas de Gobierno se convirtieron en parlamentos, congresos o asambleas, cada colonia se estaba autogobernando y estaba decidiendo las leyes que las conducirían en los años venideros. Hasta que estalló la guerra, con batallas y escaramuzas en distintos lugares. Lima era una caldera. Si bien el grupo de revolucionarios era una masa importante, la corte, las influencias, los lazos matrimoniales, los sobornos —que por siglos se habían gestado en la capital del virreinato—, hacían que los realistas tuvieran mayoría y mantuviesen controlados a los criollos más rebeldes.

¿Qué era de mí en ese entonces? Una maraña de conflictos. No te mentaré, Emilia, en esos días mis principios de neutralidad cada vez se hacían más débiles. Como pocos, era testigo de la corrupción y la decadencia de la corte peruana, no veía con buenos ojos los abusos que se cometían, y de una u otra forma me estaba convirtiendo al bando revolucionario. Esas amistades que forjé en secreto, y que aún hoy temo develar, me pedían que dejara mis labores con De Oca y me entregara por entero a la causa. Pero eso significaba renunciar a mi patria española, y aún más doloroso, dejar al viejo escribano solo en medio de una tempestad.

Ya era 1813 y ese año no trajo mejores noticias para mí. Una noche húmeda de junio, mi mentor, quien a esas alturas era casi como un padre, me confesó que sufría de una dolencia terminal. Una masa extraña había aparecido en la parte trasera de su cabeza, lo que le causaba terribles dolores que soportaba tomando infusiones de *chuchuwasi* suministradas por un sanador quechua. Fue triste ver a ese viejo sabio y corpulento consumirse en unos meses. En

sus últimos días ya no podía hablar, debía ser alimentado por sus criados, y del eximio legista nada quedaba.

Sin De Oca, el virreinato perdió todo sentido. Seguir allí era mantenerse aferrado a un ídolo de barro. Dejé mi empleo, cogí mis ahorros y me afané en escribir cuentos, así como en vivir más por las noches.

Fue durante una de mis interminables juergas que conocí a Martín Fernández Murat, o así parecía llamarse; criollo argentino, uno de los tantos espías que José de San Martín desplegó en Lima. Fernández había realizado sus estudios en la Universidad de San Marcos, pero lo mejor de su formación lo obtuvo en Francia. Desde esa primera conversación en una taberna limeña, hicimos muy buenas migas. Entre copa y copa me contó que había vuelto a su patria escondido en baúles, alimentándose de lo que podía guardar en sus bolsillos. Viajó de polizón haciendo escalas en decenas de puertos hasta pisar América nuevamente, sin dejar rastro de su nombre.

En esa taberna me confesó que seguía mi pista hacía meses, que sabía que un español con despacho en el mismísimo palacio virreinal poseía tintes revolucionarios, y que su gente presentía que yo podría ser un buen elemento.

“De poco te sirvo ahora, amigo mío —le dije—. Mi relación con el virrey ya es nula”.

“Nada de eso —me contestó—. Si crees que nuestros proyectos son solo para hoy, estás equivocado. Cuando Lima sea nuestra, necesitaremos de quienes conocen mejor que nadie este palacete, y ese será vuestro momento”.

Tal como lo predijo, una década antes, así fue.

Me ofreció partir a Buenos Aires junto a él formando parte de una caravana de comerciantes que comenzaría su marcha en una semana. No lo dudé. De un día para otro desaparecí de Lima sin dejar rastro. A tu abuelo le envié una carta diciéndole que me iría a las provincias de La Plata a hacer unos negocios. Pobre viejo, poco sabía que su hijo en meses se había convertido de hombre del rey a militar revolucionario.

La primera parada de ese largo viaje, querida mía, fue en Buenos Aires, como ayudante secretario del capitán Pedro Lazcano Loíza, un honesto y bonachón hacendado cuyano, que decidió tomar las armas para defender, como él decía, su pedazo de tierra, seca, pero suya, al fin y al cabo.

Fue en los primeros días de octubre de 1814 que junto a Lazcano fuimos asignados para una misión especial: ir en ayuda de los rebeldes chilenos refugiados en territorio cordillerano. Cargamos cientos de mulas con víveres de todo tipo donados por platenses que apoyaban la causa. Nuestro arribo a Mendoza fue deprimente: hombres y mujeres, incluso niños, estaban heridos, flacos, quemados por el hielo y tratando de recuperarse del golpe mortal que les había dado el ejército español. Lucían todos igual de menesterosos, sin importar que fueran generales, tropa, ricos o pobres. Muchos sabían que sus familiares en Chile estaban siendo perseguidos, encarcelados e incluso fusilados, y ello generaba aún más desazón.

Allí fue que la conocí.

Tras descargar las provisiones, y como hombre de confianza del capitán Lazcano, quedé de punto fijo para llevar el conteo de los productos en una casona en el oeste

de Mendoza, que fue bautizada como El Almacén. Cada jornada las señoras chilenas se organizaban para ayudar a sus compatriotas con comida que repartían entre los suyos.

Noté que ella era sumamente respetada. A pesar de ser pequeña de porte y con una voz tan suave como sus modales, nadie quedaba indiferente a sus órdenes. Me contaron que su nombre era Isabel Riquelme y Meza, y era la madre de uno de los coroneles de la tropa, llamado Bernardo O' Higgins. Al momento, la curiosidad me invadió, por supuesto que yo ya sabía algo de su historia. El chismorreo limeño, especialmente del palacio, durante años se alimentó con la existencia de ese hijo único del virrey irlandés. Sabía que una chilena había sido su amante y la madre de la única criatura que dejó en este mundo. También me habían dicho que el virrey le mantuvo, no en secreto, pero sí a resguardo de sus enemigos, mandándolo cada vez más lejos de su tierra natal.

Mirándola, imaginé lo joven que habría sido al dar a luz a ese niño. Todavía conservaba esa belleza que debió haber deslumbrado al hibernés. Su cabello oscuro lucía canas que disimulaba con pulidos peinados trenzados. La piel blanca, ya ajada por el tiempo, estaba bronceada por el sol cordillerano, lo que hacía que sus ojos azules se vieran aún más vivaces.

Todos los días, junto a su propio batallón de damas, que incluía señoras mendocinas, indias, jovencitas de clase alta y campesinas, comenzaban con sus deberes al amanecer y no se detenían hasta la puesta de sol.

Como me habían designado jefe de la bodega, conversábamos a diario. Ella, siempre muy amable, me indicaba

cuáles eran los alimentos que se ocuparían ese día y el siguiente. A pesar de mi esforzado disimulo, rápidamente notó mi acento sevillano, y con el guiño de un ojo me dijo que podía estar tranquilo, que si había cruzado montes y descampados para entregarles ayuda era un patriota más. Pronto el saludo protocolar se convirtió en una conversación de amigos.

Acompañados de algunos de sus perros *aguachados*, como ella decía, sostuvimos largas tertulias al atardecer durante ese verano. Bebiendo yerba mate y comiendo trozos de queso derretido al lado de un pequeño brasero, ella defendía los ideales revolucionarios, pero su principal preocupación era el futuro y la salud de su hijo mayor.

“Sus sentimientos le destemplan”, pensaba. “Está enamorado de su patria, y amores tan poderosos terminan por enloquecer a las personas. Duerme poco, la cabeza casi le revienta todas las noches, y no escucha”.

Entre mateadas contó muchas historias. De los pehuenches de los Andes, de la vida en el sur chileno antes de la revolución. Por supuesto que también me entregó detalles de su familia, de su infancia en Chillán, del nacimiento de Bernardo, de sus años de desesperada soledad lejos de él, y de la alegría que trajeron a su vida Rosita y luego Nieves, la más pequeña de sus niñas.

Pero siempre hubo un paréntesis, una laguna en su historia a la que apenas se refería. Una vez solamente me atreví a hablar con ella del virrey O’Higgins. Le conté que desembarqué en Lima apenas este había muerto, y que en palacio se sabía de su existencia.

“Supe que sufrió mucho en sus últimos años —me dijo—. Heridas de guerra le causaron terribles dolores. A

pesar de que no volvimos a vernos, siempre me mantuvieron bien informada de lo que le pasaba. Recaderos llegaban a menudo donde fuera que estuviera para decirme lo que Ambrosio quería o no para mi hijo. Y supongo que también para saber si estaba viva”.

Tras sus escuetas palabras, se quedó mirando al horizonte en un prolongado silencio, que decidí respetar.

Esa fue la única de nuestras charlas en que se refirió al padre de su primogénito.

Tras la Nochebuena de 1814, el general San Martín invitó a los O’Higgins a Buenos Aires. De mala gana partió doña Isabel un mes después. No quiso abandonar el campamento hasta asegurarse de que todos los chilenos estarían bien cuidados.

A pesar de la distancia, nuestra amistad continuó. Con Lazcano nos unimos al Ejército Libertador y ella también lo hizo, siguiendo fielmente cada paso de Bernardo. Juntos estuvimos en la expedición que liberó Chile en 1817 y desde ahí nos dimos el último abrazo de despedida. Ella para quedarse definitivamente en su patria, y yo para ser parte de la expedición al Perú. Pero todos los meses, de manera sagrada, nos enviamos cartas contándonos cómo iban nuestras vidas.

Son extraños, hija mía, estos espacios que se dan mágicamente entre dos desconocidos.

Pronto su hijo se convirtió en el líder y jefe de la nueva república. Doña Isabel no estaba completamente convencida de sus capacidades como director supremo. Ella veía que el carácter apasionado, intrincado y pertinaz del general le ponía obstáculos en el camino.

“Quiere ser como su padre, pero no se controla. La política es distinta de la guerra, un hombre necesariamente no será bueno en ambas”, contaba con pesadumbre.

Con el pasar de los años sus cartas me iban detallando sus preocupaciones. Solo un año de tranquilidad pudieron tener O’Higgins y su madre en el gobierno. Pronto los aristócratas chilenos comenzaron a rechazarlo, y doña Isabel fue testigo de buena parte de sus sufrimientos.

En los últimos meses de 1822, cuando la caída del general O’Higgins ya era casi un hecho, las cartas que llegaban a mis manos se hicieron más sentimentales, llenas de confesiones. Yo seguía en la guerra en el Perú, pero su salud y felicidad me preocuparon más. Fue en este período, en medio del dolor de la derrota, que sus misivas me entregaron una de sus revelaciones más atesoradas: la historia escondida que mantuvo con el padre de su hijo.

Estas son las únicas misivas que conservé en mi poder y que ahora te entrego, hija mía, porque creo que mereces conocer la historia de una mujer tan especial, que ya está descansando en tierras del Eterno.

Buena parte de su correspondencia la destruí una vez leída, pero estas cartas las guardé gracias a la ayuda de los mercaderes amigos de tu abuelo, quienes las hicieron cruzar los océanos para ser escondidas en lugares secretos de Cádiz.

Ese manojo de misivas ahora descansa en tus manos. Leedlas, Emilia de mi alma, y cuidad de ellas como el tesoro que fueron para mí. Es una historia que me prometí que, cuando tuvieras la edad suficiente, debías conocer.

¡Vaya, qué rápido pasa el tiempo! Ya debo dejar esta pluma, porque mis hombres van despertando, quejándose

de las picadas de mosquito, del hambre de mañana y los vaivenes de la marea.

Cariño mío, cuida de la tía Antonia. También mando las telas que me pediste y los otros artilugios que habían quedado pendientes.

Vuestro amantísimo padre,

JUAN JOSÉ SANCHO